

Este libro puede ser de interés para un amplio abanico de destinatarios. Por una parte, constituye un material de gran utilidad para los profesores y estudiantes de asignaturas de métodos o de técnicas de análisis de datos. Por otra parte, puede suponer un valioso compañero para los participantes en seminarios y foros de investigación. Finalmente, constituye una inversión de tiempo especialmente rentable para quienes se dedican a la investigación en ciencias sociales.

Andrés Santana Leitner
CEACS - Instituto Juan March

Monarchisms in the Age of Enlightenment; Liberty, Patriotism, and the Common Good. HANS BLOM, JOHN CHRISTIAN LAURSEN y LUISA SIMONUTTI (eds.), University of Toronto Press, Toronto-Buffalo-Londres, 2007, 306 págs.

Es éste un libro editado por J. C. Laursen, profesor de Ciencia Política de la Universidad de California (Riverside), en colaboración con Hans Blom (Universidad de Rotterdam) y Luisa Simonutti (Universidad de Ferrara), cuyo objetivo explícito es combatir los clichés y estereotipos que se han vertido y se siguen vertiendo sobre las monarquías de los siglos XVII y XVIII. Monarquías que muchos contemporáneos percibían como sinónimo de libertad, e incluso de patriotismo y de bien común, y que, sin embargo, han sido englobadas sin matizaciones en el saco de las formas políticas represivas y retrógradas. Y es que ha habido muchas monarquías y monarquismos y también mucha exageración y retórica a la hora de definir el absolutismo.

Dichos estereotipos, fomentados en el siglo pasado por una historiografía marxista que no simpatizaba precisamente con la monarquía, se ven auspiciados hoy, al decir de los editores, por «un tipo de estudios de historia de las ideas políticas concebido para promover el republicanismo». Su diana apunta pues, sin tapujos, a los historiadores neorepublicanos que, si bien han contribuido a la recuperación de la tradición republicana —uno de los grandes logros de la historia de las ideas de los últimos treinta años—, han exagerado su importancia.

Las críticas se dirigen, en primer lugar, contra Maurizio Viroli por sus afirmaciones de que monarquía y libertad son incompatibles (lo que gran parte de los trabajos presentados en este libro desmiente), y porque su descripción de las monarquías absolutas es tan caricaturesca que los editores se preguntan si existió alguna vez una forma política semejante. Viroli, que no tiene empacho en reconocer que el republicanismo es, en gran medida, una «cuestión de retórica y de emoción, no de verdad y realidad», es acusado de

no «familiarización» con la tradición monárquica (forma elegante de referirse a su desconocimiento).

También sufren un buen varapalo Quentin Skinner y Martin van Gelderen, autores de *Republicanism*, cuyo subtítulo *Una herencia europea compartida* parece sugerir que la monarquía no lo ha sido, obviando que fue la forma de gobierno más importante y más ampliamente aceptada y valorada en la Europa medieval y moderna, y la que mejor se adaptó a los cambios impuestos por la modernidad. Al extrañarse que la monarquía fuese percibida como la mejor forma de gobierno y la más libre, Skinner y Van Gelderen caen, según los editores de *Monarchisms*, en una forma de «anacronismo». Pues, al calificar de paradójico que la libertad cívica no se vinculara con la constitución republicana, estarían proyectando sus propias concepciones y olvidando que muchos autores de la época identificaban monarquía y libertad civil.

No hay que deducir de lo anterior que los editores de *Monarchisms* tengan afinidades políticas con la monarquía sino un genuino afán de desbrozar de malas interpretaciones el campo historiográfico. Como destaca Hans Blom, el pensamiento republicano y el monárquico crecieron juntos y muchos teóricos de los siglos xvii y xviii no los veían ni como polos opuestos ni como alternativas antagónicas. A ello contribuyó sin duda una educación forjada en la veneración por los principios greco-romanos, de la que los ilustrados se desprendieron con dificultad. El debate entre Antiguos y Modernos que recorre este período da sobradamente cuenta del problema. Uno de los pocos pensadores que, en mi opinión, captó con inusitada clarividencia la contraposición entre la forma monárquica y la republicana fue Hobbes, cuya distinción entre libertad antigua y libertad moderna anticipa en más de un siglo a la de Benjamin Constant. Pero lo usual es que la retórica republicana, con sus ideales de virtud, patriotismo y bien común, permaneciera engarzada y enquistada en el lenguaje, a pesar de los cambios políticos y de las transformaciones socioeconómicas e ideológicas.

En el primer capítulo, Hans Blom nos conduce a la conclusión de que no todos los republicanismos fueron antimonárquicos, a través de un análisis de los principales intérpretes del republicanismo holandés del siglo xvii, Pieter de la Court y Spinoza. Si de la Court toma como modelo a Atenas y descalifica al gobierno monárquico como el peor de todos, Spinoza no descarta que cualquier forma de gobierno, incluida la monarquía, pueda garantizar la libertad de los súbditos, fin primordial del Estado. Su búsqueda de un gobierno bien ordenado, independientemente de la forma de Estado, le aleja de las habituales concepciones republicanas.

En la misma línea, Patrick Riley nos presenta a Fénelon, el «moderno que tenía el alma antigua» (Rousseau), «tan ateniense y tan cristiano a la

vez» (Sainte-Beuve), como un republicano atípico que encarna la imbricación de la forma monárquica y de valores republicanos como la austeridad, la simplicidad y el amor desinteresado a la patria que conduce al sacrificio de la vida, de resonancias maquiavelo-rousseauianas. Aun así, su concepción de virtud cívica, que define como una forma de egoísmo colectivo, como una mera sombra del amor verdadero, poco tiene de republicana. Pues, en palabras de Oakeshott, aún reconociendo la necesidad de la política, Fénelon no le da más valor del que tiene.

Otro autor que no encaja en los estereotipos republicanos es Pierre Bayle, estudiado por Luisa Simonutti. Pues, si damos por buena la tesis de que monarquía e ilustración son incompatibles ¿cómo aceptar que Bayle fuera un ferviente promotor de la ilustrada República de las Letras y, a la vez, un acendrado monárquico y un teórico del absolutismo? Su afán por poner fin a sediciones y rebeliones y por garantizar la paz social mediante la tolerancia explica fácilmente, sin embargo, su oposición a la forma política republicana (promotora de anarquía, el peor de los males sociales), y su fidelidad a la monarquía (aun reprochando a Luis XIV la revocación del Edicto de Nantes). A pesar de haber sido acusado de inductor del absolutismo, sus esfuerzos por extender la República de las Letras entre intelectuales de cualquier religión o secta (o de ninguna) y su interés por impulsar el debate sobre todo tipo de ideas, incluidas las religiosas y las políticas, le convierten, según afirma Sally Jenkinson en el capítulo tercero, en un defensor de la tolerancia universal y en un antecesor de Stuart Mill.

Y es que, como demuestran estos ensayos, hasta la década de 1690, sólo unas pocas voces se alzaron en Francia para reclamar la república. Contrariamente a lo que se pudiera pensar, la mayoría de los hugonotes se mantuvieron, al igual que Bayle, leales a la Corona y apoyaron la doctrina del poder absoluto de los reyes, aunque, eso sí, reclamaron la libertad de conciencia. Admiradores de los Antiguos y seguidores de los movimientos neoestoicos o epicúreos, y abrumados por las guerras de religión que habían assolado el país, mantuvieron posturas pragmáticas y aceptaron el principio de *cuius regio eius religio*.

Como queda de manifiesto en este libro, los debates sobre las formas de gobierno de los siglos XVII y XVIII se veían con más distanciamiento que en la actualidad, y los pensadores de la época estaban menos interesados en la dicotomía entre monarquía y república que en defender la soberanía absoluta de cualquier forma política, como medio para garantizar la paz social. Alexander Pope simboliza bien el sentir de la mayoría de sus contemporáneos cuando afirma que el mejor gobierno es el mejor administrado. Y Hume coincidía con él en la irrelevancia de la forma de gobierno, siempre que evi-

tase las «convulsiones» y el riesgo de desórdenes, e impulsase las artes, las ciencias y la vida civilizada.

A pesar de haberse educado en la admiración por Grecia y Roma, los Modernos se distanciaron del ideal republicano, entre otros motivos, por las durísimas condiciones que exigía. Montesquieu, aún considerando admirable el compromiso republicano con la igualdad, denunciaba su contrapartida, el control de la vida privada, la vigilancia mutua y las leyes represivas (sobre todo contra las mujeres con el fin de reprimir sus costumbres y su afición al lujo). E identificaba a las monarquías con la modernidad, la libertad y la tolerancia, siendo la sociabilidad y la libertad de las mujeres el criterio para medir la arbitrariedad de los gobiernos. En la misma línea, Condillac apostaba por una monarquía «moderada» o «ilustrada», defensora de la tolerancia y del pluralismo religioso, y respetuosa de las particularidades de individuos o grupos.

Pero no solamente las monarquías moderadas gozaron de gran consideración en los siglos XVII y XVIII. El caso de la monarquía danesa y noruega, estudiado por Henrik Horstboll, socava todos los estereotipos sobre el absolutismo y muestra a un Estado absoluto que, aún valorando la seguridad por encima de la libertad política, poco tenía que ver con la tiranía o con la opresión. La revolución de 1660, que transfirió de manera voluntaria todo el poder a la Corona, lejos de acabar con la libertad, sustituyó un gobierno aristocrático «viciado» por una monarquía «bien gobernada».

También el reinado de Federico II de Prusia tiene difícil encaje en el «mito del absolutismo», como ponen de manifiesto varios ensayos de la tercera parte de *Monarchisms*. Pues su monarquía, que promovió la modernización del país e impulsó la libertad de pensamiento y de prensa, tanto en el terreno religioso (Federico II era agnóstico) como en el político, fue el modelo y la admiración de toda Europa. E inspiró una batería de nuevos argumentos en favor del régimen monárquico, desde los de Thomas Abbt durante la Guerra de los Siete Años, a los del jurista Ernst Ferdinand Klein en 1784, o los del propio Kant en *¿Qué es la Ilustración?* (también de 1784).

Como destaca Kant, sólo un gobernante ilustrado como Federico II, que disponía de un ejército bien disciplinado para garantizar la seguridad pública, podría afirmar lo que ningún Estado libre (ninguna república) se atrevería a decir: «Argumenta lo que quieras y sobre lo que quieras, pero obedece». La correlación kantiana entre monarquía y libertad de pensamiento resulta «extraña» e «inesperada» porque contradice, como él mismo admite, nuestra concepción de libertad.

A clarificar la confusión que rodeaba a dicho concepto en la década de 1780 contribuyó Johan August Eberhard, estudiado por Simone Zurbuchen.

En su tratado *Sobre la libertad de los ciudadanos y los principios de las formas de gobierno*, de 1784. Eberhard cuestionó el prejuicio «infundado» de que la república es la mejor forma de gobierno y de que la libertad es un rasgo exclusivo de las repúblicas: «En Esparta nadie podía educar a sus hijos según sus criterios, en las repúblicas de la federación suiza, la libertad de pensamiento y de expresión es menor, en Gran Bretaña las cargas (impositivas) son más pesadas y los castigos más severos que en muchas conocidas monarquías ilimitadas; no es excepcional que un ciudadano de esos países deje su patria para buscar libertad en un país gobernado por un monarca ilimitado».

Eberhard introdujo así una distinción entre libertad política (la republicana), entendida como participación en la legislación, y libertad civil (el derecho a actuar libremente en la esfera privada). Y trató de explicar el «curioso fenómeno» de que la libertad civil fuese inversamente proporcional a la libertad política, y de que en una monarquía ilimitada tendiese a ser mayor que en una república.

Sus cartas, publicadas en 1798 después de la Revolución francesa, prueban que la teoría de la monarquía ilustrada sobrevivió a 1789, pero que el ideal de la antigua república virtuosa, del que las repúblicas suizas fueron el último baluarte, quedó obsoleto después de la Revolución Helvética.

La distinción entre libertad civil y libertad política, acuñada por Eberhard, sería retomada, poco tiempo después, por Benjamin Constant en su famosa conferencia del Ateneo de París de 1819, donde contrapuso la libertad de los antiguos y la libertad individual moderna.

Los capítulos de esta tercera parte del libro, que se hacen también eco de los argumentos contra las monarquías absolutas esgrimidos en la época, concluyen con el erudito e interesante trabajo del editor John Christian Laursen sobre Jean de Castillon, el piadoso matemático calvinista atraído por Federico II de Prusia a su Academia. De «resistencia intelectual» califica el profesor Laursen la defensa de sus concepciones religiosas, con tan sólo las armas de su ingenio e inteligencia, frente al agnosticismo del monarca.

La cuarta parte de *Monarchisms* recoge significativamente un único ensayo, el de John Pocock sobre el reinado de Jorge III. Encontrar un trabajo de Pocock, un confeso republicano, en un libro desmitificador de las monarquías y crítico con las «exageraciones» de los estudios republicanos, no deja de ser sorprendente. Y es gratamente sorprendente que su estudio sobre la monarquía se alinee en gran medida con las posiciones de Laursen y los restantes editores.

Dos cuestiones cabe destacar en este ensayo. La primera es su énfasis en la importancia del lenguaje para desenredar los hilos de la compleja trama

que envuelve la monarquía de Jorge III. Y es que las declaraciones del monarca al ascender al trono (que dejan traslucir su convicción de ser esencialmente rey de Inglaterra, relegando a un segundo plano a los restantes territorios) son clave para comprender su pensamiento y su política.

La segunda es el reconocimiento explícito por parte de Pocock de que los términos de monarquía inglesa y libertad quedaron estrechamente entrelazados a partir de 1688, no sólo en la mente del pueblo inglés, sino en toda Europa, y de que, en la memoria colectiva inglesa, la alternativa a la monarquía se identificó con la disolución del gobierno, la guerra civil y el regicidio. Ello explicaría que, a pesar de la despiadada oposición *Whig* y de las gravísimas crisis que marcaron el reinado de Jorge III (pérdida de las colonias americanas, guerra contra la Francia revolucionaria, conflicto irlandés, etcétera), la monarquía no se derrumbara.

En definitiva, este libro contribuye con su rigor histórico a ensanchar nuestra visión de la realidad política de los siglos XVII y XVIII, sujeta aún hoy a interpretaciones sesgadas.

María José Villaverde
Universidad Complutense

DIEGO MURO: *Ethnicity and Violence: The Case of Radical Basque Nationalism*, Routledge, Londres, 2008, 264 págs.

El libro objeto de esta reseña traza «una genealogía del nacionalismo vasco radical y de los mecanismos a través de los cuales este movimiento político, a menudo violento, ha reforzado la etnia vasca» (pág. 13) (1). Estamos en presencia pues de un nuevo intento desde las ciencias sociales para comprender mejor un problema, la pervivencia del terrorismo de ETA y la vigencia del movimiento social que acompaña y arropa a la banda terrorista, que sigue siendo la principal preocupación de la sociedad vasca y una de las principales de la sociedad española en su conjunto.

Antes de comenzar sería conveniente aclarar que este libro representa un esfuerzo de corte historicista, y hasta cierto punto divulgativo, encaminado a introducir al lector de habla inglesa al complejo problema de la perpetuación de la violencia en el País Vasco. Este libro es parte del trabajo de una nueva generación de hispanistas afiliados a instituciones académicas británicas que están demostrando una gran determinación en mantener vivo el interés de la comunidad académica de aquel país por la historia y la política españo-

(1) En inglés en el original.